

Catorce Días de Tenis en Melbourne Park

Javier Díaz-Giménez

Domingo, 13 de enero de 2008

En Melbourne de Milagros

En realidad de milagros. Dos. TerminalA.com no me había confirmado la reserva y yo creía que sí. El día anterior comprobé que la reserva estaba en Amadeus. Pero en el aeropuerto resultó que no me habían emitido el billete. Cuando ocurre eso, el billete se cancela y en paz. El mío no se canceló. Primer milagro. Y primera lección: tengo que asegurarme de comprobar que de verdad han emitido los billetes electrónicos. Siempre.

En la Terminal 4 de Heathrow encontré una replica perfecta de pub inglés y me pedí un desayuno tradicional. Delicioso. No se por qué los gastrónomos enterados no se lo reconocen a los británicos. Sus desayunos son los mejores del mundo. ¡Vivan las salchichas inglesas y las alubias con tomate! Como seguro que eran más de las doce en algún sitio del planeta, no me importó acompañarlo con dos medias pintas de John Smith Bitter.

Resultó que a Melbourne me traía Qantas. Y no British Airways que es lo que yo creía. Segunda lección. En esta época de códigos compartidos la única forma de saber con quién vas a volar realmente es preguntarlo. En el momento de embarcar descubrí que Australia exige visado. Y yo, como no lo sabía, no lo tenía. Me hicieron sentarme y esperar. Llamaron a la embajada. Por alguna razón no me puse nervioso. En el peor de los casos, me quedaría otro día más en Londres. No era un mal plan. Y tenía la ventaja de que podría volver a desayunar. Al final lo arreglaron. No se cuánto ayudó que mi maleta ya estuviera embarcada. Segundo milagro y tercera lección: siempre que vaya a un país por primera vez tengo que preguntar si exigen visado.

Volamos a Hong Kong cruzando por Asia. Me leí dos novelas. Soporté lo mejor que pude a una pareja de jubilados noruegos bastante pesados que me tocó a mi lado. En Hong Kong me di una vuelta por las tiendas del aeropuerto pero no me compré nada. Allí eran las ocho de la mañana y en el único bar que encontré abierto tenían Stella Artois. ¡Buagh, asco de globalización!

Diez horas más de vuelo aguantando a los noruegos y llegamos a Melbourne sin novedad. Cogí un taxi y a las once de la noche locales entraba en mi hotel. Veintinueve horas después

de cerrar la puerta de Hernani sin hacer ruido. Luego os cuento mi primer día en Melbourne. Ahora me voy a ver ganar a Verdasco en las pistas azules.

Lunes, 14 de enero (Primer día)

Mucho Tenis y Más Calor

El hotel es una casita con jardín y veinte habitaciones en una callecita sin tráfico. El cuarto sin ser lujoso no esta mal. El edificio había sido una residencia de estudiantes y se notaba. Lo mejor es que tiene una mesa grande para escribir. Lo peor es que la conexión de Internet es telefónica y no me sirve para nada. Como todo tiene sus ventajas, gracias a eso me conecto desde el vestíbulo del Hilton. De momento. Porque la conexión me cuesta 15 euros por día y los dos litros de té que una camarera encantadora me sirve con una sonrisa, 3 euros. A cambio disfruto del ambiente lujoso de un gran hotel.

Como no podía ser menos, me caí de la cama. Deshice la maleta y después de un desayuno mejor que razonable bajé la calle, crucé el parque y llegué a Melbourne Park. Las puertas se abrían a las nueve. En la puerta un grupo de australianos montaban el número para la tele vestidos de bandera y patria. Los partidos no empezaban hasta las once. Me di una vuelta por las instalaciones. Dos estadios, y veinticuatro pistas más con gradas de varios tamaños. Las más pequeñas con apenas dos filas de asientos. La más grande, Margaret Court, con unas veinte filas. Las superficies son azules y están nuevas y relucientes. Son de un material nuevo que se llama *plexicushion* —Rodrigo Tortilla, tú me has matado. Hay docenas de restaurantes y de tiendas, un jardín con una pantalla gigante, mucha gente, y mucho sol.

No recuerdo qué partidos vi. Se jugaba en dieciséis pistas a la vez. Qué difícil es elegir entre tanto tenis. Qué bien juegan todos. Cómo rompen la bola cuando pueden y cómo la acarician cuando no tienen más remedio. Veo sobre todo a los chicos. Elijo a los que juegan el revés con una mano. A veces me fijo en el saque. Otras en su manera de moverse. Es admirable cómo corren, cómo saltan, cómo empujan y cómo aprietan. Y vuelta a empezar. Un baile sin fin en un horno azul turquesa. No me animé a pedirle a una vecina que me prestara su crema y me quemé el cuello y los antebrazos.

A las siete me subí a un tranvía y me fui a la playa. Hacía mucho viento y el mar estaba sucio y gris. Encontré un balneario con una piscina de agua salada de veinticinco metros y naduve durante una hora. Concentrado en respirar sin fisuras. Volví al tenis pero aguanté poco. Nadal pierde demasiado tiempo entre saque y saque. El pobre Troicki venía de la ronda previa y no tenía nada que hacer. Después de pasar tanto calor durante el día, por la noche tenía frío. Me estaba quedando dormido y me fui al hotel.

Martes, 15 de enero (Segundo día)

¿Cómo me Conecto?

La conexión a Internet se está convirtiendo en una pesadilla. Conectarme desde el Hilton está muy bien pero me parece demasiado caro. Además es poco práctico porque sólo puedo ir una o dos veces al día como mucho. Parece mentira, pero vivir sin Internet es muy aburrido. Sin Internet estoy excluido de la conversación interminable de la humanidad. Y con Internet puedo hablar con todo el mundo. Todo el tiempo. Nada más levantarme leo los periódicos españoles. Me leo los chistes de El País y me entero al instante de los resultados del fútbol, de las majaderías de la política, y del cotilleo generalizado. Luego leo el correo y converso por escrito con mis amigos, mi familia y mis colegas. Si quiero oír a alguien, hablo por Skype sin que intermedien las compañías telefónicas. Puedo escuchar cualquier emisora de radio, comprar canciones, ver películas, averiguar cómo se llega al restaurante italiano donde cené ayer desde la playa de St. Kilda, o enterarme del orden de juego del día siguiente. Sin Internet estoy condenado al silencio. O al susurro de aquella edición internacional de El País en papel cebolla que llegaba los miércoles a Minneapolis con noticias de hacía diez días. Eran mediados de los ochenta. Cuando José Víctor y yo éramos pibitos y nos jugábamos al tute el privilegio de leerlo primero. Claro que sí, listos. Lo de ser pibe también es relativo. Para las señoras de ciento cinco años, las de ochenta y cinco son unas pibitas. Y si no me creéis, cumplidlos y lo veréis. Si es que podéis y tenéis huevos.

Total que busqué la dirección de un proveedor de conexiones telefónicas en la guía. Y me apunté a una. Se supone que las instrucciones me llegan hoy por correo. Ya veremos. Luego le pedí al encargado que me dejara un momento su ordenador que está conectado con ADSL y busqué las direcciones de los cafés con Internet más cercanos. Todos están bastante lejos. De paso le dije que no entendía cómo no se compraba un repartidor de señal inalámbrico —o sea, un router con WiFi— y sacaba a este bonito hotelín de la edad de piedra. El tipo no es demasiado espabilado, pero entiende de su negocio y sabe que protestan los clientes. Se llama Julio y descende de españoles. Quedó en que lo iba a mirar. Y yo me comprometí a ayudarlo a instalarlo si lo compraba. Otra solución es conectarme desde la biblioteca pública del barrio. Pero no tienen conexión inalámbrica. Me obligan a apuntarme a una lista y a usar su ordenador. Además tienen un horario bastante restringido. O sea, que otra vez agua.

En el tenis vi a Nico Almagro perder contra Marin Cilic en una de las pistas más pequeñas. Hacía un calor asfixiante y el bueno de Nico no podía con el juego impecable del otro. Mediado el tercer set, cuando iban empatados a uno, perdió la poca cabeza que tiene. Empezó a protestar todas las bolas —en esas pistas el ojo de halcón lo ponen los líneas, o el árbitro. Insultó en español a un espectador que le dijo que dejara de protestar y que jugara. Y terminó

simulando una lesión y llamando al médico. Y allí le dejé. No he venido a Australia a mirarme en el espejo de un maleducado, que no sabe perder, y que tiene un carácter endemoniado. Al caer la tarde volví a la piscina, a mi hora de largos felices en dieciséis brazadas de respiraciones acompasadas.

Miércoles, 16 de enero (Tercer día)

Una Bicicleta para el Verano Austral

Las alquilan en una tiendecita en el paseo que bordea al río Yarra. Cobran 24 euros al día. Conseguí rebajarlo a 90 euros por los once días que me quedan hasta el final de esta fiesta. Además el contrato era a cala y a prueba. Como los melones. Si devolvía la bicicleta al día siguiente sólo pagaba los 24 euros de un día. Las bicis no son demasiado buenas. Y quería asegurarme de que la iba a usar. En Australia se conduce por la izquierda. Hasta ahora mis recorridos más frecuentes son el kilómetro mal contado que hay entre el club de tenis y el hotel, y los cinco kilómetros o así que separan al tenis de la playa. Por suerte hay carriles para bicicletas por muchos sitios y hay muchos ciclistas —¿era la oferta la que creaba su propia demanda, o se equivocó el viejo Say y era más bien al revés? En cualquier caso: como hay muchos ciclistas los automovilistas están pendientes —¿o también esto será al revés? Además el casco es obligatorio y aunque me fastidia un poco me lo voy a poner. Para no tener que tratar con la policía. Y con la esperanza —una de esas que caen en las trampas del rosedal, claro que sí— de poder jugar al ajedrez si me tocara la silla de ruedas.

Total que me gustó pedalear hasta la playa al caer la tarde. Y me he quedado con la bicicleta para el estío austral. Para celebrarlo, al volver de nadar me metí en la ciudad y cené en mi primer restaurante. The Waiters Restaurant. Un italiano ruidoso, un poco cutre y con la cocina desbordada. Pero encantador. Pedí ensalada de aguacate y rigatone capresse. Estaba todo bastante bueno, pongamos que un siete. Le pregunté a la camarera que dónde me podía lavar las manos. Me señaló el escondite de los lavabos. Y me dijo que se notaba que mi madre me había educado muy bien —thank you, Mummy querida, you are so nice.

Por la mañana vi un rato a Guillermo García-López ganarle a Alejandro Falla en una de las pistas más pequeñas. El diestro albaceteño es aún muy joven pero apunta maneras. Tiene un bonito revés a una mano y una cabeza que para sí la quisieran Feliciano o el malaspulgas de Nicolás. Después de cenar vi a Sharapova ganar a la tenista mamá sin mucho trabajo. Pero como estaba cansado y tenía sueño y frío decidí ver a Rodick barrer a Berrer en la tele de mi cuarto del hotel. Al salir le regalé mi entrada a un tipo solitario y con pinta de enrollado que estaba viendo el partido en la pantalla gigante de fuera con mucho interés. Me valió una sonrisa agradecida y un "Thank you, mate!" pronunciado con las vocales muy abiertas y

desmayadas. A la australiana. Como era de esperar.

Jueves, 17 de enero (Cuarto día)

Gases Lacrimógenos y Banderas

Me entero por el periódico a la hora del desayuno que de que entre los griegos y la policía la han organizado. Jugaban Konstantinos Economidis, griego por Zeus, contra Fernando González, chileno por San Martín. En la Margaret Court Arena que como mucho tendrá veinticinco filas de gradas, aunque sea la tercera pista más grande del club. O sea, que la pista es relativamente pequeña y los gritos se oyen muy bien.

Seguro que los griegos se estaban pasando un par de pueblos. Seguro que además de corearle todos los puntos a su paisano, aplaudían los fallos del forastero, y le ponían a parir panteras. Seguro la bronca era considerable porque los griegos son muchos —según cuentan en Australia viven unos dos millones de griegos, la mayor colonia de ese país allende el vinoso Ponto. Y los maderos tuvieron la inspirada ocurrencia de entrar a poner paz rociando a tirios y troyanos con gases lacrimógenos, nada menos. Los que estaban cerca salieron por piernas. Afortunadamente, como todo ocurrió muy deprisa, la cosa no pasó a mayores.

Vaya dos tribus de descerebrados. Los nacionalistas exaltados y los policías. La última vez que estuve cerca de algo parecido fue en los Sanfermines de 1978. Dos docenas de iluminados se pusieron a gritar gora euskadi durante la corrida, y los antidisturbios de entonces, si mal no recuerdo todavía vestidos de riguroso y franquista gris siniestro, invadieron el ruedo. Se pusieron a disparar pelotas de goma contra los alborotadores. Y organizaron la mundial. A alguien se le olvidó apuntar la reseña de tan brillante actuación policial en los anales de lo que nunca debe hacer la policía. Y los uniformados australianos siempre podrán excusarse aduciendo ignorancia, que no maldad. Como sugirió con motivo de otra ocasión semejante el bueno de Tierno Galván.

Ayúdame, Juan: Por más que rebusco, no logro encontrar el trapo que debería tener anudado en mi corazón. Explícame otra vez por qué nos importan tanto las banderas. Quiero saber por qué en el Rod Laver Arena hay varias tiendas que venden gorros, camisetas y trapos multicolores que enardecen a la gente. No entiendo por qué la gente hace dos horas de cola en el tenderete de Garnier para que les pinten un rectángulo bicolor, tricolor, o azul y estrellado en las mejillas. Por más que rebusco, no encuentro en mí corazón la razón que justifique ese comportamiento. Y no consigo entender la pasión nacionalista que exalta a mis vecinos. Y que me obliga a cambiarme de grada para alejarme de un puñado de energúmenos que alternan los jaleos a Amer Delic o a Stefan Koubec con los insultos a Juan Mónaco o a Paul Mathieu. El

tenis es un deporte individual. Y aunque no lo fuera. No entiendo por qué importa tanto que uno tenga pasaporte bosnio —ni siquiera, porque Delic está nacionalizado estadounidense— austriaco, argentino o francés.

Para evitar estos desmanes, seguro que antes o después a algún burócrata desocupado se le ocurrirá prohibir el alcohol. Y a los de la Tribu de los Sintrapo nos dejaran sin uno de los mayores atractivos que tiene este torneo. Beber cerveza en cualquier sitio y a cualquier hora. Si tienen que prohibir algo, voto por que prohíban las banderas. Y si la mayoría dispusieseis lo contrario, por favor a mí dejadme que me pintarrajee la cara y me disfrace de verde Heineken.

Viernes, 18 de enero (Quinto día)

Por Fin Juego Yo

Se llama Rick. Tiene cincuenta y seis años, la cara roja y el pelo y el bigote blancos. Y unos ojos azul turquesa como para quedarse un buen rato mirándolos. Da clases de tenis y regenta un club con cinco pistas de moqueta verde. Y le he contratado para que sea mi profesor de tenis australiano. Porque ver tanto tenis sin jugar no tiene gracia. Porque para eso me he traído la raqueta y las zapatillas. Y porque las clases de tenis son muy importantes. Como diría Angel. Voy a dar ocho clases de una hora y además puedo usar las pistas siempre que quiera. Todo por el módico precio de trescientos cincuenta europeos de nada. Las pistas están en Powlett Reserve —un parquecito con columpios, eucaliptos y mucha yerba a cuatro manzanas del hotel.

Apalabré la clase el día anterior y habíamos quedado a las nueve. Me desperté pronto. Supongo que porque todavía tengo el horario un poco desbaratado por las diez horas de diferencia. Me hice los dos litros de té reglamentarios en la tetera que tengo en la habitación. Estuve escribiendo durante una hora larga y luego bajé a desayunar. Más té. Un zumo de manzana. Una tostada con tropezones de fruta escarchada y untada de mermelada de naranja. Y un huevo escalfado con baked beans. Las alubias las pongo yo. Las saco de unas latas de raciones individuales de Heinz que encontré en el supermercado. Mientras desayuno, leo la sección de deportes del periódico. Las reseñas del cricket me las salto, claro. Y leo sobre todo los comentarios de los partidos de tenis del día anterior, y una columna interesante y simpática que escribe Ana Ivanovic.

Rick se mueve más bien poco y no me aguanta la bola si le juego fuerte con la derecha. Pero se ha pasado la vida dando clases de tenis. Me contesta con todo detalle a todo lo que le pregunto. Y como lo que quiero es aprender de una vez a sacar, a volear, y a cortar el revés en condiciones, con él tengo de sobra. Además los dos profesores jóvenes están más ocupados

y me dan pereza. Y como Rick es un parlanchín encantador, nos pasamos la clase bromeando. Me ha cambiado la empuñadura para el saque y sorprendentemente he mejorado bastante. Quizás porque quedamos medio en broma en que si no aprendo a sacar, me devuelve el dinero. Como el tipo no me minutea la clase, entre unas cosas y otras terminamos a las once. Hacía calor y se me ocurrió que prefería irme a nadar y dejar el Open para más tarde.

Esta vez me fui a la Piscina de Fitzroy. Una maravilla con diez calles de cincuenta metros. Por dos euros y medio nadas al aire libre con dos personas más como mucho en la misma calle. Docenas de largos felices concentrado en nadar adelantado, con la mano paciente, y respirando sin levantar ni siquiera un poco la cabeza.

Por la tarde volví al Open. Había quedado con Rick en el Bar de Heineken. Me presentó a sus colegas australianos. Casi todos entrenadores de tenis o jugadores retirados. Estaba lleno de gente. Sobre un estrado una banda tocaba ritmos azules. De vez en cuando mirábamos un punto en la pantalla gigante. Y se nos pasó la tarde contándonos mentiras y poniéndonos perdidos de cerveza. ¿Qué más se puede pedir?

Sábado, 19 de enero (Sexto día)

Llueve, Llueve y Llueve

Amaneció ventoso y gris. Como sigo sin poder conectarme desde la habitación, no puedo enterarme del pronóstico del tiempo. Pero seguro que va a llover. Tengo clase de tenis a las nueve. A las diez y media, justo cuando terminamos, empieza la lluvia. No llueve mucho. Pero tiene toda la pinta de que va a ir para largo. Las pistas azules se han convertido en pistas de patinaje y solo se juega en la Rod Laver y en la Vodafone. Las únicas que tienen el techo retráctil. Dicen que el año que viene también van a techar la Margaret Court.

Después de la clase he estado en el supermercado y he comprado unas cuantas cosas para hacerme bocadillos. Salmón ahumado de Tasmania, pechuga de pavo, rúcola, tomates secos en aceite —porque los frescos no tienen muy buena pinta— dos botes de mayonesa —una normal y otra mezclada con guindillas— y otro de pasta de aceitunas negras que presume de ser comida para alimentar el alma. Justo lo que necesito. También me he comprado dos mangos amarillos de North Queensland —la parte tropical de esta isla interminable. En la etiqueta dice que son un trozo del paraíso. Por lo menos lo parecen. Así es que *si non è vero è ben trovato*. También me compro unas anchoas, un bote de dos litros de zumo de naranja con mango, un cuchillo, unas fresas, y un cuarto de kilo de anacardos. Para contrarrestar el cloro de la piscina y acompañar a las cervezas.

Sigue lloviendo y me subo a mi sitio del gallinero de la Rod Laver a ver como Cilic le gana

a González. Como seguramente no voy a ir Wimbledon, aprovecho y mientras veo al chileno enfadarse porque no puede con el croata, después del bocadillo, me como las fresas. No se puede ganar más de una vez a este juego con un solo golpe. Por excelso que sea. Cuando González engancha la bola con la derecha, la rompe. Pero su revés es tan malo que le obliga a jugar todo el tiempo demasiado desequilibrado. Cilic sólo tiene que arrasarle el revés y ganarle los puntos con una derecha paralela. Además está sacando con una precisión de cirujano. Seguid a este chico, porque tiene tenis para rato.

Llueve un poco menos y aprovecho para volver a la Piscina de Fitzroy. Me da para tres cuartos de hora de largos felices antes de que cierren. Ceno algo rápido en el cuarto del hotel y vuelvo al estadio a ver cómo Federer le gana en cinco sets a un sorprendente Tipsarevic. La barba y las gafas de diseño hacen que parezca un filósofo con raqueta. Su juego es impecable. Su manera de comportarse también. Está sacando con un setenta por ciento de primeros. Colocados y rondándole los doscientos. Aprieta a Federer con derechas y reveses planos y profundos y está obligando al suizo a sacar todo su tenis. Y la varita mágica. Pero el suizo no se arruga y termina ganando diez a ocho en el quinto set.

Después de tanto lujo, paso del tenis interminable y tosco de Hewitt y Baghdatis y me voy a dormir. Seguid también a Tipsarevic. O mucho me equivoco, o es otro que va a llegar a la parte alta del escalafón. Y se va a quedar ahí.

Domingo, 20 de enero (Séptimo día)

Y Llegamos al Domingo.

Escampa por fin. Tengo clase de tenis con Rick a las nueve y media. Me entretengo un poco y llego a Melbourne Park a la una y media. Justo cuando Ferrero acaba de arrasar a Nalbandian, 6-1, 6-2, 6-3, en la Rod Laver. Si no lo veo, no lo creo. Supongo que Juanqui también piensa que está soñando. En la Vodafone Ferrer gana a Spadea. También en un suspiro. Los españoles han hecho la tarea. Si como es previsible Nadal gana a Mathieu, habrá dos en cuartos. Uno en cada lado del cuadro.

El partido de Hewitt y Baghdatis terminó a las cinco y media de la mañana y los periodistas australianos se han puesto hechos un furia contra el director del torneo. Dicen que se debería haber jugado esta mañana. Que a Hewitt se le va a trastocar el sueño, pobrecito. Y que eso es darle mucha ventaja a Djokovic. Como si la necesitara. Me doy una vuelta por las pistas pequeñas. Veo un set a los hermanos Bryan, y otro set de juniors que empiezan a jugar hoy. Crepaldi, un italiano melenudo, consigue ganar en tres sets a Rungkat un indonesio tenaz y correoso como un toro.

Por la noche vuelvo a ver a Nadal sin muchas ganas. Mira que es buen chico. Mira que se deja la vida en cada punto. Mira que devuelve bolas imposibles. Y ya puestos a mirar, mira que es zurdo y hasta guapo. Pero no consigo apasionarme. Entre las derechas liftadas y las carreras, los puntos no se terminan nunca. Y entre punto y punto, cabe toda la eternidad. Primero pido la toalla y me seco concienzudamente los brazos y la cara. Luego pido cuatro o cinco bolas. Las examino con cuidado y desecho dos o tres. Compruebo que no se me han bajado los calcetines. Me saco las bermudas del culo. Miro a mi contrario. Boto, boto, boto, boto, boto. Y por fin saco. Muchas veces a la red y vuelta a empezar. Entre punto y punto me da tiempo a contar y recontar todas las filas de asientos. Cincuenta y seis en la Rod Laver. A escribir la mitad de esta dieta en mi cuaderno o hacer un sudoku. Casi prefiero verlo en la tele, porque puedo cambiar de canal y verme al mismo tiempo una serie de espías australianos. Gana 6-4 el primero y cuando va 3-0 en el segundo, Mathieu se retira. El juez árbitro nos dice que se ha lesionado. En realidad, se va a casa, porque se ha aburrido de esperar. Y como yo, ha decidido que prefiere ver su partido por la tele.

Lunes, 21 de enero (Octavo día)

Las Hermanas Bondarenko

Ha sido un amor a primera vista. Lo confieso. Probablemente un efecto colateral de la abstinencia prolongada. También lo confieso. La mayor tiene 23 años y se llama Alona. Katya es la pequeña y tiene 21. Alona se hace una trenza larga con su melena rubia platino y la sujeta con cuatro o cinco gomitas. Es un poco más delgada y bastante más curvilínea que su hermana. Quiere parecerse a Kournikova, pero es más fea. Katya luce una media melena pelirroja y es más alta, más hombruna y más cuadrada que su hermana. Tiene la nuca tatuada y un pendiente diminuto en la nariz. Juegan un tenis duro, agresivo y silencioso. Alona es la vigésimo primera del ranking y ya ha ganado más de un millón de dólares en el circuito. Katya es la cuarentésimo tercera y todavía no ha pasado del medio kilo. Nacieron en Kriviy Rig. El principal centro metalúrgico y minero de Ucrania.

El flechazo fue el domingo. Poco después del mediodía. Cuando paseaba adormilado y sin rumbo definido entre las pistas más pequeñas. Creo que jugaban en la cinco. Nada más verlas me desperté de inmediato. Echadle la culpa si queréis a las falditas grises o a las camisetas de Adidas, ajustadas y un poco menos que transparentes. Suai Peng y Tiantian Sun les habían ganado el primer set por un 6-4. Y cuando llegué iban por delante 4-3 en el segundo. Me senté rodeado de chinos en la fila cero. Pegadito a la valla. Alona jugaba errática y enfadada. Katya mucho más solvente y concentrada llevaba el mando de la pareja. Y el peso del partido. Se miraban de reojo entre los puntos y casi ni se hablaban.

Contra toda razón, consiguieron ganar los puntos decisivos aprovechándose que Peng, la más floja de las chinas, fallaba con frecuencia. Y terminaron llevándose el segundo set por 6-4 y el tercero por 7-6, ganando por 8-6 en el juego decisivo. Esta mañana estaba en la Pista 3 esperando impaciente a que llegara la hora de nuestra segunda cita, cuando la juez árbitro nos ha anunciado que Davenport y Hantuchova habían decidido retirarse. Las chicas, los torneos de dobles, y los amores secretos tienen estas cosas. A cambio, mañana podré verlas jugar en cuartos, *deus volente*. Y, ¿quién sabe?, quizás esta noche se entremezclen con mis sueños. Por cierto, no busquéis sus fotos en la Red. La realidad no suele estar a la altura de mis fantasías.

Martes, 22 de enero (Noveno día)

Melancolía y Silencios

Hoy he notado el cambio. Es el noveno día del Open y parece que hubiera empezado el otoño. Ya no hay partidos programados en la Vodafone. Melbourne Park está mucho más vacío y se ha quedado un poco desangelado. Parece que se hubiera disipado una buena parte de la excitación y la energía de los primeros días. Me meto en la Pista 2 a ver a las Hermanas Bondarenko jugar su partido de cuartos contra las primeras cabezas de serie y somos cuatro gatos. El ambiente recuerda al de un pueblo costero en temporada baja. Melancólico, vacío, y olvidado.

Las Bondarenko ganan el primer set 6-3 sin demasiados problemas. A mitad del segundo set Huber, una de las rivales, para el juego. Se va a la silla de la juez árbitro y señala a un grupo de cinco espectadores ruidosos y descamisados que están justo detrás de ella. Dice que la están molestando al sacar. Y que no juega hasta que les echen. La juez árbitro habla con alguien por la radio. Uno de los chicos no aguanta la presión y se va. Los otros cuatro se quedan y hacen como si la cosa no fuera con ellos.

¿Qué se debe hacer en estos casos? No está claro que una tenista tenga derecho a echar de la pista a unos espectadores que han pagado la entrada. Tampoco está claro que tenga derecho a detener el juego a su antojo. Para colmo cuando van perdiendo. Y hoy en el tenis gritamos todos. Unos más que otros. Es verdad que la tentación de gritar una gracia cuando quince mil personas están calladas, en la Rod Laver por ejemplo, es casi irresistible. Y también es verdad que algunos sabemos elegir los momentos mejor que otros. Pero las tenistas profesionales deberían ignorar los ruidos. Y si quieren trabajar en silencio, que se hagan toreras. Y que toreen sólo en La Maestranza. Si la pista hubiera estado llena de gente, probablemente no habría oído los ruiditos. Y casi seguro que no se habría atrevido a parar el juego. Pero los cinco ruidosos estaban prácticamente solos en las gradas bajas del fondo sur y Huber ha aprovechado para enrrabiarse porque le han hecho la ranita mientras sacaba. La juez árbitro

se lo ha consentido. Y todos a esperar. Eso sí, Alona y Katya nos han amenizado la espera con sus saltitos. Al cabo de unos minutos han aparecido tres gorilas vestidos de amarillo y entre dimes y diretes se han llevado a mis primos. A Huber la rabieta le ha servido para poco. Las Hermanas Bondarenko han ganado el segundo set por 6-2 y ya están en semifinales.

Por la noche Sharapova a lo suyo, como diría Poyán. Ha sacado de la pista a Henin a estacazos y rugidos. Pero nadie tiene el valor que hace falta para aplicarle a María la ley del silencio. Ha terminado endosándole a Justine una rosquilla en el segundo. Y se postula como firme aspirante al título. Con el permiso de Venus.

Miércoles, 23 de enero (Décimo día)

El Chi del Tenis

Hoy Rick no podía o no quería dame clase de tenis y me ha buscado un sustituto. Se llama Hamish y es otro de los profesores de Powlett Reserve. Hamish es moreno, bajito, y sonriente. Hamish es australiano pero casi seguro que tiene antepasados indios no muy lejanos. Me ha pasado unas cuantas bolas y me ha dicho que mis golpes tienen un pase, pero que mi equilibrio es inconcebible. Exactamente creo que ha dicho *astounding*. Y me ha contado un cuento que se podría titular el Chi del Tenis.

El Chi del Tenis tiene dos principios básicos. El primero consiste en separar el movimiento de las piernas del movimiento del tronco y los brazos. Cuando se golpea la bola la posición de las piernas tiene que ser equilibrada. Y el equilibrio tiene que conservarse durante todo el tiempo del golpeo. Justo lo que yo no hago. El segundo principio sugiere que la potencia tiene que salir de la rotación del torso. Como en el swing de Woods, en las brazadas de Popov, en las zancadas de Gebrselassie, o en el do sostenido de Carreras. Lo demás son sólo detalles: el arco que describe el movimiento del brazo y la forma de coger empuñadura de la raqueta. También me ha sugerido que me imagine un salto de agua. Que me sitúe debajo, y que golpee la bola como queriendo empujar el agua hacia arriba. Insuperable imagen.

Y, ya que estamos con la teórica, al tenis se gana jugando hacia adelante. Aunque muchos profesionales jueguen como si no lo supieran. Se saca al rival de la pista con golpes profundos. Se le va comiendo el terreno a medida que se retrasa. Y se termina el punto con un golpe ganador desde media pista. O con una volea. Presiento vuestras sonrisas ante mi tono profesional, admitidamente disonante con la calidad de mi juego. Pero permitidme que os recuerde que para escribir sobre la técnica del tenis —ya sea dos párrafos o un libro entero— no hace falta jugar como Boris Becker. Ni siquiera hace falta haber cogido una raqueta. Basta con un poco de ojo, un poco de reflexión, y unos conocimientos elementales de física. Ventajas

de ser socio vitalicio del Club de los Teóricos y de compartir la arrogancia impenitente de sus socios. Y por si a alguien le interesara: ese club está abierto siempre y para todos. Además, la entrada no se paga con dinero.

A media tarde mis paseos por Melbourne Park me llevaron hasta la Pista 21, perdida en una esquina, junto a la valla que separa las vías del tren del club de tenis. Arantxa Rus jugaba un partido de tercera ronda del torneo junior femenino contra Madison Brengle. Arantxa es holandesa y a pesar de su nombre es rubia como la cerveza, y alta como una espingarda. Madison es estadounidense y a pesar del suyo es bajita, gordita y compacta. Estaban decididas a resolverlo a raquetazos, con derechas restallantes y reveses brutales a dos manos. Daba gusto verlas porque se dejaban la vida en cada punto interminable. Al final ganó Arantxa por los pelos. Madison salió de la pista acompañada de una amiga y muy enfadada con su juego. Épicamente malo, según dijo. No estamos de acuerdo. Había jugado bastante bien. Pero me encantó el adverbio.

Por cierto, las semifinales ya están hechas. Juegan Tsonga contra Nadal, Djokovic contra Federer, Henin contra Sharapova, y Hantuchova contra Ivanovic.

Jueves, 24 de enero (Undécimo día)

Conversaciones y Comercio

Hoy es el undécimo día del Open. Desayuno con John Martin. John también ha venido a ver el tenis y también se aloja en Magnolia Court —este simpático hotelito en el que vivo. John es periodista. John es presumido y no me ha querido decir su edad. Debe andar rondando los setenta. Tres arriba o tres abajo. John imparte un Master de periodismo en Columbia y vive en Manhattan. John jugaba al tenis en los años cincuenta. Cuando el deporte en general y el tenis en particular todavía no se habían profesionalizado. Y a los buenos jugadores como mucho les regalaban las raquetas, les pagaban el viaje, y les invitaban a cenar. John edita una revista virtual de tenis que se llama *World Tennis Gazette* y ha venido a Melbourne con una acreditación de prensa gráfica del New York Times. Eso le da derecho a meterse por todas partes y a ver el tenis desde el foso de los fotógrafos. En rigurosa primera fila. John sigue jugando al tenis y hemos quedado un par de días a jugarnos unas bolas en las pistas de moqueta de Powlett Reserve.

Pero lo mejor de John es su conversación. La principal ventaja de viajar sólo es que puedo hacer en cada momento lo que me da la gana. Sin negociar nada, ni coordinarme con nadie. El principal inconveniente es que no tengo con quién hablar. Y John me cuenta anécdotas interesantes de su vida de periodista y de jugador y aficionado al tenis. Y escucha con atención

mis divagaciones, mis preocupaciones, y mis entusiasmos. Normalmente hablamos un rato cuando coincidimos a la hora del desayuno.

Conversaciones y comercio. El rumor y el tráfico incesantes de la humanidad. Sin duda las dos características que nos definen como especie. Hablamos unos con otros a todas horas. Sin parar. En cualquier momento en la Rod Laver, por poner un sitio, hay cinco o seis mil conversaciones simultáneas. En docenas de idiomas. Y ese número de conversaciones llegará a dos o tres miles de millones en el planeta. Vaya algarabía. Cuánto ruido. Qué poca paz. Y sin embargo, qué difícil me resulta estar dos semanas sin tener cerca a alguien interesante con quien hablar.

Termino la clase de tenis a las doce y media y como el programa matinal no es muy apetecible hago una excepción. Me salto el tenis y me voy de compras. Quiero ver el Queen Victoria Market. Las guías lo ponen por las nubes y tengo curiosidad por descubrir si va a destronar a La Boquería del primer puesto de mi lista de mercados. Me quedo con las ganas porque cuando llego son las dos y cuarto y cerraban a las dos. Pero me hago una idea. El sitio es inmenso y está en pleno distrito comercial de Melbourne, que es uno de los principales mercados de Asia y por lo tanto uno de los principales mercados del mundo. Hay miles de personas comprando y vendiendo de todo. Me arrastra el furor consumista y me sorprende a mi mismo llenando dos bolsas con regalos para mis sobrinos. Para colmo, me planteo muy seriamente la posibilidad de comprarme un loro de trapo. Que se mueve, y que aprende a hablar lo que le enseñe su dueño. Por ejemplo podría enseñarle a decir “Rodrigo Tortilla, tú me has matado”.

Supongo que os estaréis preguntando si os voy a contar algo sobre la derrota apabullante de Nadal. La verdad es que fue un partido sin historia. Tsonga flotaba por la pista. Sacó de maravilla con casi todos sus primeros rondando los doscientos. Jugó todo el tiempo plano, duró y a las líneas. La raqueta parecía un matamoscas en su manaza. Se jugó media docena larga de voleas cortadas imposibles. Y le entraron todas. Frente a ese tenis de ensueño, Nadal ni supo que hacer, ni pudo reaccionar. Gano mi apuesta y cruzo los dedos para que el recital se repita en la final.

Por cierto, la final femenina ya está servida. Sharapova ha ganado sin despeinarse a una Jankovic lesionada e Invanovic le ha dado la vuelta a su partido con Hantuchova. Después de haber perdido los nueve primeros juegos. ¡Qué poco me divierte el tenis de las chicas!

Viernes, 25 de enero (Duodécimo día)

Una Final Inesperada e Inédita

Hoy he quedado con Rick para jugar a las diez y media. No se presenta porque tiene una conferencia de entrenadores en la Vodafone y me envía a un sustituto. Se llama Ed y es un estudiante de educación física y fisiología. Juega bien, pero no tiene secretos que contarme. Además quiero practicar las enseñanzas de Hamish. Pasamos bolas durante un buen rato. Hace mucho calor. Pesado y duro. A las once y media me pregunta que si quiero seguir. Le digo medio en broma que naturalmente que sigo. Y que él va a pedir árnica antes que yo. Entre burlas y veras terminamos de jugar a eso de la una. Tengo que darme prisa para no perderme la final de dobles femeninos. Juegan las Bondarenko contra Victoria Azarenka y Shahar Peer en la Rod Laver.

Cuando llego, las Bondarenko han perdido el primer set pero van por delante en el segundo. Terminan por ganarlo sin que les haga falta esforzarse demasiado. Shahar Peer es bajita y le cuesta trabajo aguantarles la bola a las hermanas. Naturalmente cargan sobre ella la mayor parte del juego. Es lo que tienen los dobles. Si quieres que te lleguen muchas bolas, debes ser el peor de la pareja —lo siento, Julio, pero juegas demasiado bien. Las chicas juegan la mayoría de los puntos con dos jugadoras en el fondo jugando en la diagonal. Y las otras dos en la red intentando cruzarse y volar. Y así hasta que una de las del fondo falla. Les cuesta mucho trabajo dominar toda la red y ganar el punto desde arriba.

Las Bondarenko ganan el tercer set. También sin mucho esfuerzo. ¿Quién lo hubiera dicho? Las Hermanas Bondarenko campeonas de dobles del Open de Australia. Y los Hermanos Bryan en casa. Supongo que verán por la tele la final que habrían debido jugar. Igual que Nadal.

Después del partido me subo a la bici y me voy a quitarme el calor a otra piscina. Está en Albert Park. En un complejo de natación que se llama Melbourne Aquatic Center. Encuentro el sitio sin demasiados problemas. Forma parte de un parque inmenso. Con varios estadios, un lago, y muchos kilómetros de pistas para corredores y carriles para bicicletas. Esta ciudad es un paraíso para los deportistas. Sus instalaciones son espectaculares, son baratas, y son accesibles para todo el mundo. La piscina de cincuenta metros es preciosa. Está prácticamente nueva y tiene una bóveda abierta que la cubre parcialmente. En el primer plano de uno de los fondos se ve el parque. Y en el segundo plano la línea del cielo de Melbourne. No podría ser más bonito aunque quisiera. Nadar aquí es un verdadero lujo.

Otra vez tengo que darme prisa para no perderme el partido de Federer contra Djokovic. Antes de entrar al estadio paro en un restaurante que se llama Two Fat Indians, convencido

de que con ese nombre no puede ser malo. Pido una ración de pollo con curry suave y salsa de coco, y otra de arroz amarillo. También les pido unos cubiertos de plástico y ceno en la Rod Laver mientras veo al Robot Bromista jugar contra el Suizo Perfecto. Enseguida es evidente que el serbio se va a llevar el partido. El suizo está fallón, lento, y deslucido. ¡Qué le vamos a hacer! El domingo no podremos gritar “*Go, Roy!*”. El Open de Australia de 2008 tiene una final inesperada e inédita. Y otra apuesta que gano.

Sábado, 26 de enero (Penúltimo día)

Ganan Arantxa y María

Hoy no juego al tenis. Quiero hacer unos cuantos recados. Comprar un boomerang y unas camisetas y aprovechar el penúltimo día de tenis en Melbourne Park. Por la mañana la australiana Jessica Moore juega la final de juniors contra Arantxa Rus. La holandesa, después de ganar a Madison Brengle en octavos con muchos apuros, ha pasado todas las demás rondas sin despeinarse. No han querido jugar en la Rod Laver porque les ha parecido que impresiona demasiado y han preferido jugar en la Margaret Court.

Me bajo hasta la primera fila y al poco una señora gorda con una bandera australiana se sienta a mi lado. Los australianos han metido a diecisiete juniors locales entre las sesenta y cuatro participantes del cuadro femenino. Ya veremos si así consiguen ganar algo. Las chicas se enzarzan en un partido peleado desde el fondo. Pero enseguida se ve que Arantxa va a ganar. Saca demasiado bien y le pega a la bola muy fuerte, con golpes muy profundos y muy duros que la otra no puede aguantar. Eso sí subir a la red, no sube jamás. Cuando la australiana se deja una bola a media pista, la pega y, en vez de seguir hacia delante, vuelve a toda velocidad hacia el fondo. Su entrenador no debe de haberse leído este blog. La holandesa termina ganando 6-3 y 6-4.

Después de la entrega de trofeos me meto en la pista de al lado a ver jugar a los minusválidos. Además de los cuadros de individuales y dobles masculinos y femeninos seniors y juniors y de dobles mixtos, en el Open de Australia hay seis cuadros para jugadores en sillas de ruedas. Pueden ser manuales o automáticas. Se juega en las mismas pistas y con las mismas reglas, con una sola excepción: la pelota puede botar dos veces. La mayoría juega con unas sillas especiales con las ruedas inclinadas para reducir el radio de giro. Y lo hacen admirablemente bien. Por la tarde me encuentro a dos de ellos tomándose unas cervezas y bromeando con unas chicas en el Bar de Heineken. Exactamente igual que los demás. Sonrientes, sin complejos y con una actitud y un espíritu envidiables. Olé y olé.

A la una y media empieza la final del glamour. Ivanovic contra Sharapova. Las tenistas

estrella. Una vestida de blanco y la otra vestida de azul. Hace calor. Las dos están nerviosas y el partido no es muy bueno. A Ivanovic le tiembla el brazo cuando está a dos puntos de llevarse el primer set. Termina ganándolo Sharapova por 7-5. Unos gritan “¡Vamos, Ana!” y otros les contestan “¡Vamos, María!”. Sólo nos falta que alguien diga “¡Vamos, José!”. El partido es aburrido. Siguen fallando mucho. No veo ninguna razón —gazmoñería y corrección políticas a parte— que justifique que las mujeres tenistas cobren lo mismo que los hombres. Es evidente que juegan mucho menos y mucho peor. Cuando van 2-1 en el segundo set y una rotura de servicio a favor de Sharapova, me marché al hotel. Enciendo el aire acondicionado y me sigo aburriendo. Pero no paso calor.

Por la noche me voy a cenar a los Docklands, un complejo de restaurantes y casinos junto a la orilla sur del río Yarra. Hay mucha gente en la calle. Es sábado. Hace calor. Hoy es el Día de Australia y lo celebran con un bonito espectáculo de fuegos artificiales. Vuelvo al hotel pedaleando por la orilla del río y esquivando a los grupos de gente como puedo. Cuando llego a la altura del Estadio de Cricket, me sorprende oír cantar a Sting. Al poco recuerdo haber leído en el periódico que esta noche tocaban los Police.

Domingo, 27 de enero (último día)

Despedida y Cierre

Son las seis de la tarde. Estoy en la Sala de Cortesía del Open. He entrado con un pase que me ha regalado Rick. Por cuarenta y un euros te dejan entrar en una sala grande con un bar, cuartos de baño limpios, aire acondicionado, dos docenas de mesas, una terraza, unos cuantos sofás y una pantalla gigante. Dentro de media hora he quedado con Rick en el Bar de Heineken para despedirme. Creo que actúan Los Verónicas. Una banda con mucho ascendiente entre la juventud local. He dejado las maletas en el guardarropa. A las siete y media saltarán los jugadores a la pista. Y a las nueve y media vendrá a buscarme un taxi para llevarme al aeropuerto. Después de catorce días me voy a ir de Melbourne Park sin saber quien va a levantar la copa del torneo masculino de la edición de 2008 del Open de Australia. Digamos que ha sido por problemas de programación y de agenda. Si tengo suerte, me enteraré del resultado en el aeropuerto. Si no la tengo, me enteraré en Hong Kong. O en Londres. O en el peor de los casos en Madrid. Escribo estas líneas con el alma un poco encogida. Quizás porque sospecho que va a ser difícil que vuelva a ver las pistas azules. Y si volviera, porque estoy seguro de que será distinto. Después de dos semanas de darme vueltas por sus calles, Melbourne ha perdido para siempre el suave misterio y el innegable atractivo de lo desconocido.

Muchas gracias a todos los que me habéis acompañado hasta el final. Ha sido un lujo saber que estabais ahí. Conversando conmigo. Las Heineken de esta tarde van por vosotros. Y por

Tsonga. Porque aunque no gane, ha sido el que ha puesto la magia, la frescura y la mejor sonrisa de este torneo. Y se lo ha merecido, ¡qué gibar!

Melbourne, a 27 de enero de 2008.